

Gyômei Himejima era un buen hombre.

Él y los niños huérfanos de los que cuidaba vivían felices en un viejo templo, a pesar de su pobre condición. Si alguna vez no tenían suficiente comida, Gyômei les daba la suya para que ninguno pasara hambre y, día tras día, trabajaba de sol a sol para ellos.

Nunca le puso la mano encima a un niño, ni siquiera les alzó la voz. Era un hombre sensible, tremendamente inocente e incluso demasiado amable, si eso podía ser. En definitiva, se trataba de un hombre normal y corriente.

Sí... Así era él... Hasta que aquella funesta noche cayó sobre ellos.



—*Namu Amida Butsu...*

La hoja de su Nichirintô era ancha como un hacha y de su extremo colgaba una cadena unida a una bola de hierro. Con ella, el pilar de las rocas aplastaba el cráneo de cualquier demonio que se cruzara en su camino.

Cuando entró en la habitación, el suelo estaba cubierto de sangre, sangre de demonio y del matrimonio al que había asesinado. El olor que desprendía era nauseabundo.

Dos niñas temblaban al lado de la criatura recién decapitada; una de ellas, aún muy joven, abrazaba a la más pequeña en un intento desesperado de protegerla. Se parecían, debían de ser hermanas. Lloraban.

«Miedo». Eso era todo lo que sus corazoncitos albergaban en aquel instante. El dolor por la muerte de sus padres no tardaría en llegar, seguido del odio por esa pérdida injusta, pero, aun así, en aquel momento, en aquel preciso instante, todo lo que eran capaces de sentir era puro terror, el pavor aplastante que todos experimentaban ante aquellas criaturas desconocidas para la mayoría, los demonios.

«Quizá yo también les parezca un monstruo...».

Sí, igual que Sayo.

Sayo era la muchacha a quien Himejima había salvado aquella fatídica noche, arriesgando su propia vida después de haber perdido todo lo demás, después de haber sido gravemente herido. Él fue quien la salvó y, sin embargo, cuando los vecinos se les acercaron corriendo, la chica no pudo hacer más que romper a llorar y temblar de miedo.

—Es un monstruo. Él los... Él los ha matado a todos.

Al oír las palabras de la muchacha, todo el mundo, incluidos los encargados de la investigación, creyeron que, con «él», la niña no podía referirse a otro que a Himejima. Nunca llegaron a entender que, en realidad, Sayo se estaba refiriendo a un demonio. Ni siquiera el propio Himejima, que atribuyó las acusaciones de la niña al trauma que acababa de vivir, abrumada por recuerdos e imágenes confusas que no sabía cómo interpretar.

Himejima jamás olvidaría las temblorosas palabras que la muchacha había pronunciado aquella noche, palabras manchadas por la sombra del miedo.

Los niños son miserablemente débiles... y crueles.

Incluso ahora, años más tarde, seguía siendo esclavo de este pensamiento.



—Aquí vive Gyômei Himejima, ¿verdad?

—...

Himejima sabía que los *kakushi* habían llevado a las muchachas con unos parientes suyos, de modo que no esperaba volver a verlas. Por eso ni siquiera les había preguntado sus nombres. A decir verdad, no quería tener nada que ver con ningún niño.

Además, había pasado ya medio año desde entonces. ¿Qué diablos hacían, pues, esas dos niñas en la puerta de su casa después de tanto tiempo? Himejima no sabía qué pensar.

—Le pedimos perdón por presentarnos sin avisar —añadió la mayor, con una reverencia—. Me llamo Kanae Kochô. Esta es Shinobu, mi hermana pequeña.

Al oír su nombre, la pequeña inclinó la cabeza con un gesto torpe.

—¿Cómo supisteis dónde...?

—Por los *kakushi*. Tenía que darle las gracias por haberme salvado, por habernos salvado a las dos. Se lo agradezco de corazón.

La muchacha habló con un tono suave y dulce, pero también elegante y digno. A Himejima le vino a la cabeza la imagen de una flor que abre sus pétalos en solitario, en medio de un campo cubierto por la nieve.



—Gracias por salvar a mi hermana mayor —dijo a su vez la menor, imitándola. Sin embargo, esta era aún demasiado pequeña y su voz sonó un tanto rígida.

—El funeral de nuestros padres fue bien. Por fortuna, sus cuerpos no estaban demasiado destrozados y pudimos enterrarlos en sus ataúdes. Todo gracias a usted, señor Himejima. Le estamos profundamente agradecidas.

La gratitud era palpable en las palabras de las dos muchachas, así como la aflicción por la pérdida de sus padres y el amor que sentían la una por la otra.

«¿Han venido solo para darme las gracias?», pensó Himejima. A pesar de la herida abierta que aún le escocía en el pecho, el valor de esas dos niñas lo sacudió por dentro.

No obstante, esto no ahuyentó el miedo a relacionarse con ellas, que no tardó en perturbarlo de nuevo. Por muy digno que hubiera sido su gesto de ir a visitarlo solo para darle las gracias, ¿quién le garantizaba que, en un futuro, cuando el tiempo hubiera alterado sus recuerdos, su gratitud no acabaría marchitándose? Cabía incluso la posibilidad de que llegaran a reprocharle que no hubiera llegado antes. Y también que lo culparan por la muerte de sus padres.

Al fin y al cabo, así eran los niños.

Himejima respondió con un tono exageradamente frío:

—Decapitar demonios forma parte de mi trabajo. No tenéis que agradecerme nada.

—Lo sabemos. Los *kakushi* nos hablaron un poco del Cuerpo de Mata-demonios —dijo Kanae, la mayor, con voz repentinamente nerviosa. Miró a su hermana y esta le devolvió la mirada, asintiendo levemente con la cabeza en un gesto casi imperceptible—. Queríamos pedirle un favor.

—Queremos que nos enseñe a cazar demonios —soltó Shinobu, interrumpiendo a su hermana—. Enséñenos a cortarles la cabeza.

La firmeza de su voz hizo que Himejima se diera cuenta de lo diferentes que eran en realidad las dos hermanas. Mientras que, en el corazón de Kanae, la mayor, gobernaban una profunda tristeza y una desgarradora determinación, Shinobu era presa de una ira ardiente y una repugnancia extrema. Una rabia que, cual valiente espada, resultaba incluso hermosa.

«Qué triste...».

De no haber sido por el ataque del demonio, esa chica habría tenido una infancia feliz, con su corazón colmado de amor hacia sus padres y su hermana mayor. Sin embargo, todo cuanto quedaba ahora en ella era odio y rabia.

Al darse cuenta, Himejima se vio embargado por una pena tremenda pero, aun así, decidió rechazar la petición de las muchachas. En primer lugar, no podía tolerar que un sentimiento pasajero les arrebatara su futuro. Y, por encima de todo, su magullado corazón se resistía a compadecerse de esas niñas.



Cuando, horas más tarde, Himejima salió para cortar un poco de leña, se encontró con Shinobu esperándolo fuera. Frunció el ceño sin darse cuenta.

—¿Aún seguís aquí?

—Pues claro. No nos iremos hasta que nos enseñe a cazar demonios —respondió la muchacha, enfadada. A sus palabras siguió el chasquido del hacha al clavarse en la madera—. Estoy cortando leña. Mi hermana está limpiando y haciendo la colada. Dice que quiere lavar también lo que lleva puesto, así que... ¿podría cambiarse de ropa?

—No recuerdo haberos pedido nada de eso —respondió Himejima, en tono cansado—. Idos a casa antes de que anochezca.

—No es que tengamos adónde ir —contestó Shinobu con dureza—. Lo hemos perdido todo. Y, lo poco que nos quedaba, lo hemos tirado. Ya no tenemos nada. Solo la una a la otra...

Shinobu siguió cortando leña mientras hablaba, aunque esta vez el ruido que hizo no terminó de resultar convincente. El hacha de Himejima era demasiado grande para una niña.

—Trae —dijo, quitándosela de las manos. Solo las rozó un instante, pero eran tan pequeñas que no pudo evitar sentir otra oleada de tristeza. Por el eco de su voz, la altura de la cual provenían sus palabras y el sonido de sus pasos, Himejima había imaginado que se trataría de una chiquilla bastante más menuda de lo normal para su edad, y había acertado—. Para cortar leña, el hacha tiene que caer en perpendicular a la madera, así.



Himejima se lo mostró, dejando caer el hacha justo sobre el tronco que descansaba encima del tocón. La madera respondió con un chasquido ensordecedor.

—Pero señor, ¿cómo puede saberlo, si es ciego?

—No tengo edad para que me llames señor, ni para que me trates de usted.

Shinobu reflexionó unos instantes.

—Vale, entonces te llamaré Himejima —dijo, con una solemnidad enternecedora—. Por cierto, ¿esa herida que tienes en la frente te la hizo un demonio? ¿Te duele?

—Vete a casa... —respondió él, ignorando su pregunta a la vez que sentía crecer en su pecho una confusa mezcla de irritación y tristeza—. Cazar demonios no es una opción, ni para ti, ni para tu hermana.

—Mientes. También hay mujeres soldado, ¿a que sí? No intentes engañarnos, los *kakushi* nos lo han explicado todo.

—Pues sí, las hay, pero los hombres somos una aplastante mayoría. Las mujeres no suelen sobrevivir a la selección final.

—¿Qué es la selección final? ¿Como un examen? Entonces no hay problema, mi hermana y yo somos muy listas, ¿sabes?

—Ya sé que ahora parece imposible, pero algún día olvidaréis lo ocurrido. Merecéis ser felices como las chicas normales, casaros con quien queráis, tener hijos, vivir hasta que tengáis la piel llena de arrugas y...

—¿Cómo pretendes que lo olvidemos?! ¡Eso es imposible!! —gritó de repente Shinobu, interrumpiendo el discurso de Himejima. Asustados por el grito de la niña, varios pájaros que descansaban en los árboles cercanos alzaron el vuelo de repente en un batir de ramas y hojas—. ¡Asesinaron a nuestros padres delante de nuestros ojos! ¿De verdad crees que algún día podremos vivir como si nada hubiera ocurrido?! No podremos... ¡No podremos jamás! ¿Crees que seremos felices imitando a las demás chicas?! ¿Crees que seremos felices acallándonos a nosotras mismas y fingiendo que lo hemos olvidado?! ¡No queremos tu felicidad de pacotilla! ¡Sería como estar muertas!

—El camino de los Matademonios no es tan fácil como imaginas. Es un camino sangriento. ¿De verdad crees que esto es lo que vuestros padres hubieran querido para vosotras?